

INTERROGAR 01

COMPRENDER CÓMO LA ECONOMÍA AFECTA LOS DERECHOS HUMANOS



Detrás de cada acto de injusticia que afecta a un individuo, una familia o una comunidad, hay un sistema que lo permite. Esta nota describe el primer paso para *Descifrar la Injusticia*, que consiste en *interrogar* cómo eventos específicos son causados o activados por una enorme fuente de injusticias en la actualidad: el sistema económico dominante. Aquí, los activistas y agentes del cambio encontrarán los fundamentos para identificar las causas profundas y las responsabilidades de las injusticias codificadas en el sistema actual.

Preguntas clave

¿Qué es la economía?

¿Cómo se codifica la injusticia en nuestro sistema económico?

¿Cómo puede una lente de derechos humanos ayudarnos a analizar las tendencias económicas?

¿Qué herramientas nos ayudan a mirar la economía a través de la lente de derechos humanos?

INTERROGAR 01

COMPRENDER CÓMO LA ECONOMÍA AFECTA LOS DERECHOS HUMANOS

Introducción

La pandemia de COVID-19 ha puesto de relieve las injusticias fundamentales en el centro de nuestro sistema económico. Pero nuestras economías estaban en crisis mucho antes de que llegara el COVID-19. La desigualdad extrema —la gran brecha entre ricos y pobres— es una realidad en prácticamente todos los países, incluidos los más ricos. En las últimas décadas, esta brecha se ha ido acentuando. Incluso, según las estimaciones más optimistas, antes de la pandemia, casi el 10 % de la población mundial (734 millones de personas) ya eran extremadamente pobres ([sobrevivían con menos de 1,90 USD al día](#)) y [casi la mitad de la humanidad vivía con menos de 5,50 USD al día](#). En contraste, para 2021, las 10 personas más ricas del mundo [poseen colectivamente 1,5 billones de dólares](#), lo que es suficiente para llevar a todos en el mundo por encima de la línea oficial de pobreza varias veces. La crisis del COVID-19 está empeorando aún más estas flagrantes desigualdades.

Mientras tanto, el sistema global que enriquece a unos pocos explotando a muchos también depende en gran medida de la extracción y destrucción ambiental. Esto ha llevado a la crisis climática que actualmente pugnamos por enfrentar. Millones de personas en todo el mundo ya son refugiados climáticos, mientras que [el 99% de nosotros respiramos aire contaminado y 7 millones de personas mueren cada año a causa de ello](#). Hay zonas del mundo, en su mayoría aquellas cuyas poblaciones han contribuido menos al cambio climático, se están volviendo inhabitables rápidamente. No hay una indicación más clara de cuán inhumano, desequilibrado y poco ético es el sistema que el hecho de que las ganancias a corto plazo se valoran más que la viabilidad continua de la vida humana en nuestro planeta.

Mucha gente está empezando a cuestionar nuestro sistema económico actual. Pero si vamos a cambiarlo, debemos comprender las fuerzas que le dan forma, y son complejas, multidimensionales y dinámicas. Estas fuerzas están tan profundamente arraigadas en la forma en que funcionan las cosas que a menudo son difíciles de ver y entender. En otras palabras, están “codificadas” en el sistema. Como un mensaje críptico, siguen siendo incomprensibles para la mayoría de las personas. Para algunos de nosotros, incluso pueden parecer leyes naturales, o “simplemente la forma en que son las cosas”.

Si vamos a descifrar las injusticias en nuestras economías, primero debemos mapear los diversos elementos del sistema y conectar los puntos entre ellos. Esto nos ayuda a desentrañar cómo, en conjunto, crean las dinámicas particulares que sustentan la injusticia. En esta nota, presentamos algunos elementos clave de nuestro sistema económico y hacemos un balance de las tendencias de los últimos 40 años que han dado forma al modo en que interactúan. También exponemos cómo se pueden analizar las tendencias a través de la lente de los derechos humanos y describimos algunas de las herramientas necesarias para hacerlo.

¿Qué es la economía?

A menudo se habla de la economía como una fuerza monolítica que no se puede controlar y que está separada de la vida cotidiana de las personas. Por lo general, se representa como números en un gráfico, o el auge y la caída del mercado de valores, o una línea de montaje mecanizada en una fábrica. Hablamos de tener que sacrificar la salud o la justicia o la equidad o los objetivos ambientales al servicio de “la economía”. Pero en realidad, *las personas son la economía*. Es decir, la economía se compone de las interacciones entre los seres humanos todos los días.

Este documento está organizado de acuerdo a un innovador sistema para recolectar, analizar y presentar evidencia en tres pasos:



INTERROGAR

Mapea el problema a fondo usando el Marco OPERA para identificar indicadores y puntos de referencia.



ILUMINAR

Destaca los problemas subyacentes recolectando, analizando y visualizando datos.



INSPIRAR

Toma acción para construir poder y vigilar la responsabilidad de los tomadores de decisiones.

DESCUBRE MÁS



El sitio web www.ecnmy.org proporciona explicaciones sin jerga técnica de los conceptos económicos que están detrás de nuestra vida diaria.

La economía opera en diferentes esferas. Éstas incluyen:

Los hogares: En ellos se desarrolla mucha actividad económica. Muchas personas se ganan la vida con los bienes o servicios que producen en el hogar: agricultura a pequeña escala o pequeños negocios en el hogar. Pero el trabajo diario de cuidarse unos a otros, llamado *reproducción social*, también es un componente crucial de nuestra economía que se lleva a cabo en el hogar. Sin ella, los niños no crecerían sanos y los adultos no estarían en condiciones de realizar un trabajo remunerado. Aunque rara vez aparece en las estadísticas oficiales, algunas estimaciones sugieren que el trabajo de cuidado no remunerado puede representar hasta el 39% del PIB por año. Es un subsidio oculto masivo a la economía global, y es realizado principalmente por mujeres.

Los centros de trabajo: Los lugares de trabajo son muy variados. Incluyen todo, desde una persona que trabaja sola en su computadora portátil en casa, o un vendedor ambulante, hasta una gran corporación transnacional. Los centros de trabajo y las empresas que los dirigen dan forma a la economía de muchas formas. Emplean personas, producen bienes y servicios, compran y venden en el mercado e interactúan entre sí en un esfuerzo por aumentar la productividad y maximizar las ganancias. Esto les da a las empresas mucho poder en la economía, que utilizan para influir en las decisiones de política económica en su beneficio.

Los mercados: Los mercados facilitan el intercambio de bienes y servicios, al permitir fijar el precio de cualquier artículo comerciable. Muchos economistas creen que los mercados son la forma más eficiente de fijar precios porque pueden lograr el “equilibrio” entre la oferta y la demanda. Por esta razón, se argumenta, los mercados deberían estar “libres” de regulación por parte de los gobiernos. Sin embargo, otros han subrayado que no existe tal cosa como un mercado desregulado; los mercados siempre están integrados en reglas legales y políticas que determinan quién asume los riesgos y quién obtiene los beneficios en los intercambios de mercado. En la mayoría de los sistemas, los mercados están regulados de manera que “externalizan” los costos sociales y ambientales que no pueden fijarse un precio; en otras palabras, no se tiene en cuenta el costo total real (por ejemplo, costo ambiental o social) de producir un bien o servicio. Esto amplía las desigualdades sociales y alimenta el deterioro ambiental.

Los bienes comunes: Los bienes comunes permiten a las personas autoorganizarse en la forma en que utilizan los recursos compartibles para su beneficio individual y colectivo. En otras palabras, no necesitan depender del Estado o del mercado para hacerlo. Los recursos incluyen aquellos que se encuentran en los bienes comunes naturales (p. ej., el aire, el agua y una tierra

habitante) y los comunes digitales (p. ej., software gratuito de código abierto).

Los estados: Juegan un papel clave en la economía al establecer la política económica. Como describimos más adelante, estas políticas determinan cómo los gobiernos recaudan y utilizan los fondos públicos; los bienes y servicios que proporcionan, independientemente de la capacidad de pago de las personas; y las “reglas del juego” que influyen en que otras actividades económicas se desarrollen de manera justa. Cómo debería ser la política económica “intervencionista” es un tema de acalorado debate en economía. Los Estados también son los principales titulares de deberes (es decir, partes responsables) cuando se trata de obligaciones de derechos humanos.

El sistema económico mundial y las instituciones: Después de la Segunda Guerra Mundial se crearon varias instituciones económicas internacionales. Estas incluyen el [Banco Mundial](#) y el [Fondo Monetario Internacional](#) (FMI), que en conjunto se conocen comúnmente como las Instituciones de Bretton Woods, y, más tarde, la [Organización Mundial del Comercio](#) (OMC). Estas instituciones tienen una gran influencia en la política económica mundial y, a su vez, en la política económica nacional. Si bien estos organismos afirman ser espacios multilaterales, sus estructuras de gobernanza otorgan una influencia desproporcionada a los países del Norte Global.

Un elemento clave en este sistema es la política económica. Esencialmente, la política económica describe decisiones sobre cómo los gobiernos recaudan y gastan dinero público, y cómo regulan, controlan o guían la actividad económica. Algunas áreas clave de la política económica incluyen:

La política fiscal: Es un área enorme, que abarca todas las formas en que los gobiernos recaudan dinero, incluidos los impuestos y los préstamos, así como en qué lo gastan. El presupuesto anual del gobierno es un instrumento clave de la política fiscal, generalmente a cargo de los ministerios de finanzas.

La política monetaria: Controla la oferta monetaria en una economía (es decir, cuánto dinero hay para prestar y gastar) y regula los sistemas financieros. Las herramientas de política incluyen fijar tasas de interés; préstamos al gobierno, bancos comerciales y otras instituciones financieras; y regular la forma en que un país se integra en el sistema financiero global. Los bancos centrales juegan un papel clave en este proceso.

La política comercial: Rige la compraventa de bienes y servicios de otros países. Las herramientas de política incluyen aranceles y cuotas sobre los bienes que se importan al país.

La política industrial: Se refiere a los esfuerzos estratégicos que realizan los gobiernos, incluso a través de la inversión y la regulación, para fomentar el desarrollo y el crecimiento de toda o parte de la economía. El Green New Deal propuesto en los Estados Unidos, e iniciativas similares en otros lugares, son ejemplos de un tipo de política industrial que tiene como objetivo acelerar la viabilidad comercial de las industrias verdes, para hacer la transición hacia una economía baja en carbono.

Las políticas regulatorias: Rigen la conducta de los sectores privados, incluidos los sectores financieros y no financieros. Esto va desde la disolución de monopolios a través de leyes antimonopolio

o de competencia, pasando por la protección de los consumidores mediante la prohibición de contaminantes o la introducción de normas de seguridad alimentaria, hasta la garantía de los derechos de los trabajadores mediante la configuración de las relaciones entre empleadores, empleados y sindicatos.

Un enfoque de pensamiento sistémico de la política económica, que considera la política como un elemento del sistema económico, ayuda a hacer visible la complejidad del proceso de formulación de políticas. Esto, a su vez, puede fortalecer nuestra capacidad para influir en él. En particular, nos alienta a ver las interconexiones entre diferentes herramientas e instrumentos para llevar a cabo una política en particular. El efecto general de esta combinación de herramientas e instrumentos no es lineal. De hecho, sus resultados pueden ser difíciles de predecir. También nos alienta a ver a los actores en el ámbito de la formulación de políticas con mayor claridad, incluidos los responsables de la toma de decisiones, las élites influyentes y los ciudadanos comunes. Como examinaremos más adelante, esto puede revelar las profundas disparidades entre el poder de negociación de estos diferentes grupos, lo que puede distorsionar o “capturar” la formulación de políticas. La influencia de las instituciones económicas internacionales es particularmente significativa.

¿Cómo se codifica la injusticia en nuestro sistema económico?

Aunque podemos ver los efectos de la injusticia en todas partes, sus causas suelen estar más ocultas. A veces es muy obvio cómo la economía da forma a nuestras vidas. Las decisiones de política económica determinan cuánto pagamos de impuestos, por ejemplo. Si el desempleo es alto, es posible que nos resulte difícil conseguir un trabajo. Pero algunas de las otras formas en que la economía da forma a nuestras vidas y derechos son menos fáciles de ver. Por ejemplo, ¿cuántos fondos gubernamentales recibe nuestra escuela local y cómo afecta esto a la educación que reciben nuestros hijos? ¿Por qué importa si una gran corporación no paga impuestos? ¿Cuánto se gasta en financiar la atención médica y cuánto en el ejército? ¿Qué tiene que ver la deuda soberana con la limpieza de nuestra agua?

Los gobiernos pueden elegir diferentes formas de administrar y priorizar todas estas cosas. Las tendencias políticas predominantes no son la única manera de hacer las cosas. De hecho, la filosofía económica dominante ha sufrido un cambio radical en las últimas dos generaciones.

El sistema económico que existe en gran parte del mundo ahora, que se afianzó en las últimas décadas, puede describirse como “neoliberal”. El *neoliberalismo* ha sido definido como “un proyecto socioeconómico y político que sitúa el mercado en el centro de todas las interacciones humanas” ([FEMNET y GADN](#)). Los defensores del neoliberalismo argumentan que la economía producirá una prosperidad generalizada cuando el mercado opere libre de restricciones o intervenciones. Una serie de desarrollos significativos impulsados por esta ideología han dado forma a nuestras economías en los últimos 40 años, y muchos de estos cambios han tenido impactos muy definidos, y a menudo muy perjudiciales, en los derechos de las personas.

Desde la década de 1980, el retroceso y la reestructuración de los programas de asistencia social, originalmente concebidos como esquemas financiados con fondos públicos para garantizar que se satisfagan las necesidades básicas y se pueda lograr una vida digna para todos, ha sido un fenómeno casi universal. En la práctica, la reducción del estado de bienestar ha resultado en que servicios como la atención médica, el agua y la educación se vuelvan menos asequibles y accesibles y de menor calidad, y quienes supervisan su provisión sean menos responsables. Esto ocurre ya sea a través de recortes directos o a través de la privatización, mercantilización y financiarización de los servicios públicos y la infraestructura. El auge de las escuelas de pago dirigidas a los hogares más pobres en los países de ingresos bajos y medianos es un ejemplo de este cambio. La creciente prevalencia de las tarifas de usuario para la atención médica básica es otra. Todos estos cambios sirven para poner los bienes y servicios que son esenciales para el disfrute de los derechos humanos fuera del alcance de muchos y crean sistemas de dos niveles en los que aquellos con medios pueden acceder a salud y educación de alta calidad, pero aquellos sin medios no pueden. Mientras tanto, los esquemas de protección social se limitan cada vez más y se reducen a una compensación paliativa menor, en el mejor de los casos.

Esta reducción del estado del bienestar a menudo ha tenido lugar bajo los auspicios de la *consolidación fiscal*, o lo que se conoce más comúnmente como *austeridad* o *ajuste estructural*. La supuesta lógica de la austeridad es la responsabilidad fiscal y que los gobiernos no gasten más allá de sus posibilidades. Pero, en realidad, en las últimas décadas los impuestos directos progresivos (que exigen más de los más ricos) se han reducido drásticamente, en particular los de las corporaciones y las personas ricas. Por ejemplo, entre 1980 y 2019, la tasa impositiva corporativa promedio en todo el mundo cayó del 40 % al 24 %. Si bien el argumento neoliberal es que no hay dinero para invertir en bienes públicos, la realidad es que los gobiernos están cada vez menos dispuestos a recaudarlo de élites y sectores políticamente poderosos.

Si bien los *recortes tributarios* se han justificado como una forma de impulsar la inversión, la austeridad también prioriza regulaciones mucho más flexibles para las corporaciones. Esto incluye diluir sus responsabilidades con sus empleados. Los impactos sobre los trabajadores han sido drásticos, dando como resultado trabajos cada vez más precarios, en lugares de trabajo inseguros, con salarios estancados y con pocas posibilidades de reparación contra los empleadores abusivos.

Privados de los ingresos fiscales necesarios, muchos países de ingresos bajos y medianos se enfrentan a un círculo vicioso de dependencia excesiva de la *deuda externa*. Los términos y condiciones de un préstamo, incluida la moneda en la que se pacta, afectan significativamente cuán manejables son los pagos de la deuda. Las desigualdades en el sistema financiero global significan que los términos y condiciones difieren entre países. En particular, los países de ingresos bajos y medianos a menudo se ven obligados a depender de mercados financieros internacionales poco regulados que están sesgados a favor de los prestamistas privados. Se percibe que su solvencia es menor, por lo que terminan teniendo que pedir prestado a altas tasas de interés y en dólares estadounidenses. Cuando tienen dificultades

para pagar sus deudas, tienen que renegociar el préstamo (lo que se conoce como *reestructuración de la deuda*). A menudo, esto implica tomar más préstamos de los prestamistas públicos, que imponen condiciones estrictas para lograr ciertos objetivos económicos y promulgar políticas específicas. En otras palabras, más austeridad. Cuando los pagos de la deuda devoran los presupuestos gubernamentales, o el alivio de la deuda viene con condiciones adicionales, esto conduce a la privatización de los activos públicos, recortes en los programas de protección social y desinversión en servicios públicos esenciales.

Los costos humanos de la trayectoria descrita anteriormente son claros: los trabajos mal pagados e inseguros tienen un impacto importante en la salud, los ingresos y la vida familiar, mientras que los servicios públicos más débiles dan como resultado peor atención médica y peor educación para aquellos que no pueden pagar el servicio privado. Las mujeres y las niñas suelen ser las que más sufren los recortes en el gasto social. Se confía en su trabajo doméstico y de cuidados no remunerado para llenar los vacíos creados por la austeridad, lo que empeora su inseguridad económica y movilidad social.

Pero la mayor acusación al sistema económico neoliberal es que no ha cumplido ni siquiera con lo que prometió en sus propios términos. Según el dogma neoliberal, aunque algunos empleados o personas individuales puedan sufrir temporalmente, a largo plazo las cosas serán mejores para todos. Esto a veces se caracteriza como la *teoría del goteo*, o la idea de que “una marea creciente levanta todos los barcos”. Pero en la práctica, como hemos visto, este sistema cada vez más dañino ha creado una riqueza increíble para unos pocos y beneficios muy escasos para miles de millones de personas. En última instancia, no ha logrado asegurar condiciones de dignidad para la mayoría de la población mundial. Según medidas oficiales, [la pobreza extrema \(definida como el número de personas que viven con menos de 1,90 USD al día\) ha disminuido en todo el mundo](#). Sin embargo, casi el 10% de la población mundial todavía vive por debajo de esta línea, que, como han demostrado muchos investigadores y expertos, simplemente no es suficiente para que puedan satisfacer incluso las necesidades más básicas y vivir con dignidad. Medido por umbrales más razonables, miles de millones de personas más viven en la pobreza o al borde de ella. Incluso en los países más ricos, donde casi nadie vive con menos de 1,90 USD al día, un número cada vez mayor de personas se encuentran sin hogar y en la indigencia.

La pobreza extrema es, sin duda, una violación de los derechos humanos. Las personas que viven en esta situación, por definición, no pueden disfrutar de sus derechos en forma plena o equitativa. Y a medida que las políticas neoliberales en todo el mundo revierten el estado de bienestar, incluso las personas que viven en formas menos severas de pobreza (los “trabajadores pobres”, por ejemplo) no pueden disfrutar de sus derechos a una educación de buena calidad, atención médica efectiva, trabajo decente e igualdad de salarios, vivienda adecuada y agua potable y saneamiento fiables. Este estado de cosas no es un accidente.

De hecho, la pobreza está intrínsecamente relacionada con la desigualdad, que se ha ampliado drásticamente en la mayoría de las regiones del mundo en los últimos años y probablemente se ha visto exacerbada por el COVID-19. Las políticas económicas, que supuestamente son “neutrales”, de hecho, reproducen y afianzan la discriminación y las desigualdades estructurales, ya que las brechas de ingresos, riqueza y oportunidades se amplían según la raza, la clase y el género. La desigualdad extrema es problemática desde la perspectiva de los derechos humanos porque es un claro indicador de discriminación en alguna parte del sistema. Si las políticas son neutrales y todos tienen la misma “oportunidad”, ¿cómo podemos explicar diferencias de resultados tan dramáticas entre hombres y mujeres, negros y blancos, poblaciones indígenas y no indígenas? Además, la desigualdad extrema también crea sociedades altamente estratificadas donde la movilidad social es extremadamente baja y surgen sistemas “separados y desiguales”. La gran mayoría de las personas no pueden disfrutar de sus derechos en la medida en que les corresponde, y en igualdad de condiciones con sus vecinos más afortunados.

Uno de los costos sociales más significativos de las políticas neoliberales son los crecientes niveles de deuda de los hogares. Cuando los gobiernos revierten los servicios públicos y los planes de protección social, las soluciones individualizadas basadas en el mercado tienen que llenar el vacío. Para aquellos que pueden pagarlos, esto significa hospitales privados, guarderías privadas, escuelas privadas, seguros privados, pensiones privadas y residencias de ancianos privadas. Pero para aquellos que no pueden, esto significa pedir prestado cada vez más para mantener su nivel de vida.

En numerosos países, muchas personas carecen de acceso a fuentes de préstamos formales. En otros, la desregulación financiera ha hecho que las fuentes formales de préstamo sean menos seguras. Esto conduce a préstamos abusivos. Las tasas de interés excesivas, los términos contractuales abusivos, la criminalización de los deudores y las brutales prácticas de cobro se vuelven más frecuentes. Esto conduce rápidamente a un ciclo interminable de tragedias personales, familiares y sociales para muchas personas, poniendo sus derechos económicos y sociales en peligro aún mayor y socavando su bienestar y capacidad para realizar su potencial.

En un sistema económico tan sesgado, el poder político se concentra cada vez más. Las personas que sufren abusos a manos de sus empleadores rara vez pueden hacerlos rendir cuentas, la corrupción entre las élites puede proliferar y las corporaciones poderosas tienen una línea directa con los legisladores que siguen promulgando políticas que los protegen y benefician. Podríamos caracterizar esto como la “desdemocratización” de la economía. Al mismo tiempo, la impunidad de la que disfrutaban las corporaciones y las élites, especialmente en el Norte Global, les permite continuar depredando el medio ambiente y emitiendo grandes cantidades de carbono, mientras que los impactos devastadores de la contaminación y el cambio climático se sienten cada vez más

En un mundo donde en 2017, solo ocho multimillonarios poseían la misma riqueza que el 50% de la población mundial, la existencia continua de la pobreza es una opción política.

A rights-based approach views poverty as injustice, not fate.

en el Sur Global y se acumulan entre las comunidades más pobres, especialmente las comunidades de color.

¿Cómo puede ayudarnos una lente de derechos humanos a analizar las tendencias económicas?

En este punto, debería quedar muy claro que, si nos preocupamos por los derechos humanos, tenemos que comprometernos con la economía. No es algo alejado de la vida y las luchas cotidianas de las personas; de hecho, está dando forma, creando o exacerbando esas luchas. En muchos sentidos, los sistemas económicos, y las instituciones y políticas que los sustentan, pueden ser el principal factor determinante de la facilidad con que las personas pueden disfrutar de sus derechos. Como sabemos, nuestras economías afectan a diferentes personas de manera diferente, y la desigualdad económica va de la mano con el racismo, el sexismo y otras formas de discriminación basadas en el estatus social de las personas.

Dicho esto, una pregunta común de los activistas es: ¿cómo puede ayudar la reivindicación de los derechos humanos a hacer retroceder las políticas económicas injustas? En el propio trabajo de CESR, y en el trabajo de nuestros socios y aliados, hemos encontrado que usar un enfoque de derechos humanos, o adoptar una *perspectiva de derechos humanos* al observar la economía, es profundamente útil por una variedad de razones.

En primer lugar, los derechos humanos proporcionan un *marco normativo basado en valores* con el cual analizar el sistema económico. Actualmente, la mayoría de los formuladores de políticas caracterizan el propósito de la economía como el crecimiento económico, medido a través del Producto Interno Bruto (PIB), con la reducción de la pobreza o el “desarrollo” asumido como un efecto secundario. Pero si, en cambio, pensamos en la realización de los derechos humanos como el objetivo principal de la economía, podemos destacar si las políticas económicas están creando o combatiendo la privación, la marginación y la exclusión.

Después de todo, los derechos humanos nos garantizan las condiciones materiales que todos necesitamos para vivir una vida digna. Aseguran que todos puedan alcanzar el bienestar, realizar su potencial y tener la oportunidad de encontrar la felicidad y la realización. Incluyen los derechos a la educación, el trabajo, la alimentación, la vivienda, la salud, la seguridad social y el desarrollo cultural. Al ver las privaciones de estos bienes como denegaciones de derechos, en lugar de una incapacidad para satisfacer las necesidades básicas, un enfoque basado en los derechos ve la pobreza como una injusticia, no como un destino. Se centra en las relaciones entre los grupos de la sociedad, con el objetivo de responsabilizar a los poderosos por las acciones que toman que causan, continúan o empeoran la pobreza.

De hecho, los derechos humanos crean *obligaciones legales* que los gobiernos, las grandes corporaciones y otros organismos poderosos deben cumplir. Esta es la **segunda** razón clave por la que la perspectiva de los derechos humanos puede ser útil. Reconocer que bienes públicos como la salud, el agua y la educación son derechos es reconocer que son tan esenciales para la dignidad y el bienestar humanos que el acceso a ellos debe garantizarse a todos; no puede dejarse a los caprichos del mercado ni al arbitrio total de los decisores. Esto desafía directamente la lógica del neoliberalismo; da primacía a los derechos humanos de las personas reconocidos internacionalmente sobre los “derechos” espurios de los inversionistas y las corporaciones.

En tercer lugar, el carácter universal de los derechos humanos nos brinda un lenguaje ampliamente aceptado para hablar sobre los valores que deben sustentar nuestras economías. Los derechos humanos están codificados en un marco integral de normas y principios vinculantes. Estos han sido acordados por la gran mayoría de los gobiernos y moldeados por las luchas de innumerables comunidades privadas de sus derechos. Esto convierte a los derechos humanos en un marco potencialmente poderoso y unificador para promover la justicia económica.

Cuarto, los derechos humanos nos dan una imagen holística del bienestar. El marco de los derechos humanos contiene un amplio espectro de derechos: civiles, culturales, económicos, ambientales, políticos y sociales. Muchas personas y organizaciones interpretan los derechos humanos de manera limitada, considerándolos principalmente como libertades civiles. Pero los derechos humanos son mucho más holísticos que eso. Repensar nuestras economías sobre la base de esta amplia gama de derechos —desde el derecho a un juicio justo hasta el derecho a no pasar hambre y el derecho a disfrutar de los beneficios del progreso científico— ayuda a superar debates ideológicos obsoletos sobre si las libertades civiles o el desarrollo (ambos estrechamente definidos) deben ser priorizados alternativamente por los gobiernos. Todos los derechos se entienden explícitamente como interrelacionados e indivisibles —donde el derecho a la salud es tan innegociable como el derecho a la libertad de expresión— y, de hecho, dependen unos de otros. Esto refleja una visión mucho más convincente y precisa de nuestras vidas, sociedades y economías entrelazadas.

¿Qué herramientas nos ayudan a ver la economía a través del lente de los derechos humanos?

Para comprender e ilustrar el impacto de la economía en los derechos humanos, y argumentar cómo deben cambiar los sistemas económicos, es necesario un nivel básico de alfabetización económica. Esto puede sonar desalentador. Pero es muy posible aprender lo que necesita saber sin capacitarse como economista. De hecho, a veces aquellos de nosotros que no somos economistas podemos salir más fácilmente de

las perogrulladas y dogmas que se enseñan en los cursos de economía convencionales.

Para los activistas de derechos humanos, uno de los mayores desafíos no es tanto educarnos sobre la economía, sino salir de nuestra zona de confort y aprender a utilizar enfoques analíticos y métodos de medición que tradicionalmente no son centrales en el campo de los derechos humanos. A los activistas de derechos humanos a menudo se les enseña a mirar a los individuos, no a los sistemas. Estamos acostumbrados a analizar eventos (una protesta reprimida, un juicio injusto) en lugar de privaciones crónicas en curso. A menudo, también, nuestros métodos son muy legalistas.

Sin embargo, algunas de las injusticias más crónicas y generalizadas, como la desigualdad económica, la destrucción del medio ambiente y la restricción del espacio cívico, afectan

una amplia gama de derechos humanos. No encajan en un simple análisis de causa y efecto. Examinar solo una parte de un sistema puede generar fragmentación y compartimientos estancos. La totalidad de un sistema es diferente de la suma de sus partes, debido a las interacciones entre esas partes. Tal enfoque también tiende a simplificar demasiado el diagnóstico de un problema. Esto, a su vez, limita las recomendaciones que se pueden hacer.

Para hacer este trabajo, necesitamos usar una variedad de métodos de investigación. Algunos de estos se extraen del campo del derecho. Otros provienen de la economía, la sociología y más allá. Las notas que componen los módulos **Iluminar** e **Inspirar** lo llevarán a través de muchos de estos métodos. El marco de derechos humanos, detallado en la [siguiente nota](#), siempre será nuestra guía. Lo que en última instancia nos importa es cómo podemos presentar el caso más convincente sobre si las personas disfrutaron o no de los derechos a los que tienen derecho.

REFLEXIONES FINALES

El enfoque de derechos humanos que hemos esbozado en esta nota se basa en (y se suma a) un enfoque de *pensamiento sistémico* o *cambio sistémico* para transformar nuestras economías. En lugar de simplemente tratar de comprender componentes específicos de forma aislada, el pensamiento sistémico tiene en cuenta las interacciones entre las diferentes partes de un sistema para comprender mejor cómo, en conjunto, crean dinámicas particulares que mantienen (o pueden alterar) el status quo. Analizar las tendencias económicas que han caracterizado las últimas décadas a través de la lente de los derechos humanos nos ayuda a descifrar las injusticias en nuestras economías.

En última instancia, repensar la economía para alinearla con los derechos humanos requiere un cambio drástico en la forma en que producimos, distribuimos, consumimos y valoramos diferentes bienes y servicios. Los derechos humanos brindan un conjunto ampliamente aceptado de valores éticos y obligaciones legales que deben sustentar nuestras economías, informados por una comprensión holística del bienestar humano. Los detalles de estas obligaciones se detallan en [la segunda nota de este módulo](#).

Comparar el sistema económico actual con las obligaciones de derechos humanos nos empuja a identificar las causas profundas y las responsabilidades de las injusticias codificadas en el sistema actual. Al mismo tiempo, incluir el pensamiento sistémico en nuestro enfoque de la investigación sobre derechos humanos puede ofrecernos una forma mucho más poderosa y rigurosa de ver la economía. La tercera nota de este módulo presenta un marco para hacerlo. Nos permite utilizar diferentes tipos de herramientas de mapeo para definir o delimitar el sistema económico; identificar los diversos elementos en él; visualizar cómo se interconectan e interactúan; y entender cómo, en conjunto, crean las dinámicas particulares que sustentan la injusticia.